

En el laberinto de lo político: Etnografía política en tiempos de revolución

Mila Ivanovic⁴

⁴ Doctora en Ciencias Políticas por la Universidad Paris 8. Investigadora asociada Labtop-Paris 8 y Flacso-Ecuador. Email: milaiivanovic@hotmail.com

Resumen

Después de más de diez años de inmersión en la realidad política venezolana, la autora se propone interpretar las indagaciones analíticas acerca del método etnográfico que utilizó para transcribir una realidad en plena transformación. La etnografía política resulta sumamente válida para el estudio de la democracia participativa, y las prácticas durables que la acompañan. Si bien considera los cambios en el ámbito subjetivo, también se detiene en los elementos más interesantes para los investigadores al seleccionar este método para abordar una disciplina como la ciencia política. Se ofrece una contribución para realizar un balance acerca de la aplicación de la etnografía política en el contexto revolucionario venezolano.

Palabras clave: Etnografía política, democracia participativa, revolución, sentido común político.

Abstract

After more than a decade of immersion in the Venezuelan political realm, the author offers an interpretation of the analytical outcomes from the ethnographic method, which was used to transcribe a reality of far-reaching changes. Political ethnography results to be a technical tool to study participatory democracy and its related durable practices. Even though it considers changes in the subjective domain, it also looks at the most interesting elements for researchers when selecting this method to approach a discipline like political science. This article is a contribution that search to assess the application of political ethnography in the Venezuelan revolutionary context.

Keywords: Political ethnography, participatory democracy, revolution, political common sense.

“ En la retaguardia de la política [el intelectual] no se aparta ni se retira, sino que trata de mantener esa distancia y ese impulso de la retirada para aprovecharse de esa proximidad que le aleja con el fin de instalarse en ella (precaria instalación), como un centinela que no estuviera allí más que para vigilar, mantenerse despierto, escuchar con una atención activa que expresa menos la preocupación por sí mismo que la preocupación por los otros” Maurice Blanchot, *Los intelectuales en cuestión. Esbozo de una reflexión*. (1984)

“(…) Dada la brutalidad de los cambios a los que se expone, [el etnógrafo] adquiere una suerte de desarraigo crónico: nunca más se sentirá en casa en parte alguna; quedará psicológicamente mutilado. Como las matemáticas o la música, la etnografía es una de las raras vocaciones auténticas. Uno la puede descubrir dentro de sí, incluso sin que nos la hayan enseñado.” Levi-Strauss, *Tristes Trópicos*. (1955)

Introducción

En este artículo buscaremos poner énfasis en un aspecto central de nuestro trabajo de investigación sobre democracia participativa que realizamos en diferentes comunidades populares de Caracas y que fue desarrollado entre el 2007 y el 2011⁵. Quisiéramos aquí presentar algunos apuntes que analicen el piso metodológico de la etnografía política (Joseph, Mahler, Auyero, 2007; Schatz, 2009; Baiocchi y Connor, 2008), subrayando los aciertos y desaciertos que esta postura implica en las ciencias políticas. En tanto que nos permite estar en un “ni tan lejos ni tan cerca” (Agier, 1997) ofrece un espacio de interacción investigativa muy interesante y fructífero. Sin embargo, la ciencia

⁵ Producto de la tesis doctoral en Ciencias Políticas titulada “La démocratie participative dans le Venezuela chaviste: ethnographie politique de trois quartiers de Caracas”, Université Paris 8, 2012.

política de la cual provenimos es muy diferente a la antropología. Hay una sospecha originaria hacia los métodos etnográficos (Shehata, 2006), al privilegiar un enfoque neutralista para entender lo político mediante las formas de ‘voto’, ‘partidos’ y ‘Estado’. Los procesos de politización y subjetivación de grupos sociales desde la etnografía son poco estudiados en esta disciplina y, por ende, también la relación entre sentido común y politización sobre la cual concentraremos nuestra atención. Consideramos a la vez que la etnografía implica una inmersión en el campo de la política, porque busca enraizarse en espacios acotados donde se forman capas de política invisibles *à l’oeil nu*. La Revolución Bolivariana (1999-2016) propició la visibilidad del campo popular; en una sociedad marcada por grandes desigualdades y discriminaciones, por lo cual la ciencia política no podía dejar de lado la superposición entre actividad académica y activismo crítico e igualitario.

En lo más particular, ¿qué significa hacer etnografía política en “situaciones revolucionarias”? Es decir, cuando el espacio político está sobredeterminado por categorías binarias en cuanto al *telos* de la política, ¿cuáles son las peculiaridades y ventajas de la etnografía en comparación con otras aproximaciones metodológicas?, ¿representa la única manera de comprobar relaciones de poder consustanciales a la naturaleza del mundo social más allá de formas preconstruidas como el voto, el Estado y la democracia?, ¿cómo significan los silencios, la confusión y la contradicción de las palabras recogidas como testimonio de las prácticas y localizaciones? Finalmente, en cuanto al nudo gordiano de toda implementación e instrumentaria de la etnografía ¿cómo se singulariza y generaliza la relación entre el investigador y los sujetos de la

investigación?

Trataremos de interrogarnos también acerca del papel del *homo incognitus* que a veces la etnografía simboliza o idealiza. ¿Cómo los juegos de posiciones, en el sentido bourdieusiano de campo social, son tan efectivos en la búsqueda de abarcar al más común de los comunes (que implica la etnografía política de la participación) para dar muestra de una realidad “llana”, o a la inversa categorías muy específicas de un tipo de personas cuando se trata de etnografía política (opositores, jóvenes en violencia, clase media/clase popular)? Se tratará entonces de examinar también los efectos de complicidad (Marcus, 1997), la tentación militante y populista (Auyero, 2005; Mathieu, 2015) o la empatía que subyacen en la postura etnográfica cuando se propone un “regreso al pueblo”⁶ en contexto revolucionario.

Cuando empezamos en el 2007 la investigación sobre la democracia participativa y sus prácticas locales en Caracas, teníamos varias opciones a la mano:

1) Un enfoque cuantitativo con elaboración de cuestionario y una muestra mayor de personas entrevistadas. Este método nos pareció muy impersonal, y podía socavar la posibilidad de integrarnos y ganarnos la confianza de las personas, además de que no iba a generar el mismo tipo de conocimiento, principalmente en cuanto a los discursos y prácticas.

2) Un enfoque de investigación-acción que nos pareció muy ambicioso en cuanto al objetivo político de emancipación popular que representa y poco aplicable en el marco de

⁶ En alusión a la expresión usada en la ciencia política anglosajona, “bring the X back”, aquí sería “bring the people back”.

un trabajo que no tenía como único reto la metodología.

3) La etnografía política que daba la posibilidad de una inmersión y de convivir con las comunidades sin caer en una antropología de los barrios o de la pobreza (al estilo de Oscar Lewis y la antropología de la pobreza⁷). Esta última opción nos fue cuestionada por un sociólogo al haber eludido los aspectos más etnológicos de la vida en los barrios (condiciones materiales, hábitos, parentesco, etc.). Pero nuestro objetivo era otro y sin obviar el asidero social de los espacios estudiados no queríamos cristalizar la temática de la pobreza y la marginalidad urbana en la elaboración de la idea de una *cultura política participativa*. De allí, también la selección de un tercer espacio urbano (La Candelaria), que no fuese autoconstruido ni fuese urbanización popular, sino un espacio intermedio, urbanizado, planificado, céntrico, de clase media en Caracas. Pero una de las fallas de este dispositivo heurístico es el desequilibrio de tratamiento entre el barrio y la ciudad formal, al no haber procedido con el mismo rigor empírico, sin inmersión completa.

Finalmente, es notable la ausencia casi total de la etnografía política en los estudios que tomaron a lo político como objeto en el contexto venezolano urbano⁸, sea por un fuerte predominio del estilo ensayístico, o por preferencia en los estudios cualitativos de métodos que no privilegian la inmersión, el compromiso y la permanencia.

Entraremos, pues, en el tema a partir de tres tópicos: la etnografía como epistemología de la presencia, algunas de las prácticas de la etnografía política y, finalmente, sus impasses con relación a nuestras propias investigaciones. Convalidaremos

⁷ Estamos en contra de una visión miserabilista de la categoría urbana que reviste la noción heterogénea de 'barrios' en Venezuela. Para nuestros fines, fue un elemento central trabajar el contenido sociourbano sin tejer un análisis de las formas de marginalidad o características socioeconómicas propias de los barrios.

⁸ A excepción de Pineda (2015).

estos tres niveles de reflexión mediante una lectura del entramado de relaciones objetivas y subjetivas que plantea la etnografía política, el peso del contexto en el que se desarrolla la investigación (y particularmente en situación revolucionaria), y la cuestión acuciante del sentido común político y la reflexión científica.

Epistemología de la presencia

En este apartado haremos énfasis en la definición de los límites entre la teoría, los actores y el compromiso del etnógrafo.

La presencia de la teoría y el acercamiento a la realidad

Hay un repunte del uso y de la reflexión acerca de los métodos etnográficos en las ciencias sociales, y particularmente en la ciencia política, desde algunos años. Muchos resaltan su carácter heurístico, tanto como compromiso etnográfico (Cefaï, 2010), como sensibilidad (Schatz, 2009) que supone generar una coproducción de sentido entre los sujetos investigados y el investigador. Esta resurgencia etnográfica –más allá del campo antropológico que surge a principio del siglo XX con estudios de campo en tierras exóticas y lejanas– se arraiga en la Escuela de Chicago y el interaccionismo simbólico goffmaniano que hacían particular énfasis en el encuentro entre un investigador y el mundo social. La etnografía se configuró en ese entonces en un enfoque para abordar la modernidad occidental donde urbes, instituciones disciplinarias y pobreza estructural eran el denominador común.

Tiempo después, el auge etnográfico en los años 2000 trata por su parte de superar el presupuesto declarativo de los estudios cualitativos en la ciencia política

basado en las entrevistas, y el análisis del discurso, al permitir ajustar las palabras a situaciones. La etnografía resalta la tarea de describir densamente (Geertz, 1973) y privilegia los procesos en detrimento de las correlaciones y comparaciones (Tilly, 2006). Es una herramienta consolidada que permite tejer y problematizar la relación desobjetivizante entre investigador y sujetos investigados, como lo concibe la etnografía colaborativa (Katzer, Samprón, 2012) o cuando se considera como un ejercicio “anfibia”, es decir “a la manera de esos vertebrados que poseen la capacidad de vivir en ambientes diferentes, sin cambiar por ello su naturaleza, lo propio del investigador-intelectual anfibia es su posibilidad de generar vínculos múltiples, solidaridades y cruces entre realidades diferentes” (Svampa, 2008: 14).

La etnografía ha sido usada por científicos sociales en múltiples ocasiones para tratar objetos políticos –desde lo más institucional hasta lo más local– como por ejemplo en etnografías realizadas sobre instituciones como la Asamblea Nacional (Abélès, 2000), el Consejo de Estado (Latour, 2010), y el Consejo Constitucional (Schnapper, 2010) en Francia; asimismo en un Ministerio en Argentina (Perelmiter, 2012) y en investigaciones sobre movimientos sociales y democracia local en Brasil (Baiochi, 2005). También ha pasado a ser un método reconocido en sub-áreas de la ciencia política como en el caso de los estudios de seguridad, tanto sobre diplomacia como sobre asuntos militares (Leander, 2013).

Según Baiochi y Connor (2008) existen tres tipos de etnografía política: una que estudia a los actores políticos y las instituciones; otra, el encuentro con la política formal; y la última, la experiencia vivida de lo político (apatía, no-participación). Se interroga sobre

cómo el estudio etnográfico de la política provee una comprensión de cómo influye el Estado, las acciones globales o nacionales en escenarios locales a la manera de cierta sociología política (Scott, 1998; Burawoy, 1998).

Los precursores de la etnografía política se encuentran en los estudios comunitarios basados en la tradición de Dewey (2003), Alinsky (2012) e incluso la Escuela de Chicago. Siguiendo a Baiocchi y Connor (2008), queda de manifiesto que la etnografía política quiere escapar del dilema o la imposición de que algunos grupos son más importantes que otros para entender la política y que, por supuesto, no hay un lugar legítimo de expresión de las formas plurales de la política, que va desde los movimientos sociales, las formas calladas de opinar sobre la política hasta espacios muy institucionalizados. Más allá de las expresiones críticas que cercenan la etnografía por su supuesta falta de representatividad, fiabilidad, o replicabilidad, permite con respecto a la tensión teoría/empirismo, resolver o comprobar las “anomalías” para reconstruir la teoría. En este caso la teoría es usada en un sentido “conservativo” para explicar la situación y proveer diferentes miradas (Baiocchi y Connor, 2008:150). Este elemento no es fortuito: toda la cosmología de las ciencias sociales radica en abrir un espacio de entendimiento para la disputa entre lo real y lo construido, lo empírico y lo teórico (etic/emic, deductivo/inductivo). Se desplaza desde la idea de que la teoría “guía” cualquier intento de aproximación a una realidad cualquiera evitando así el espontaneísmo (Auyero, 2005), o en que una está por encima de la otra, como en la controversia entre Wacquant y Anderson (Wacquant, 2002). Para Wacquant, hace falta un marco teórico apropiado en el trabajo etnográfico para evitar apostar más al descubrimiento que a la validación. En este

contexto, el investigador se torna estenógrafo de la escena y no propone un marco analítico global que pueda ayudar a una crítica operante de la sociedad.

A fin de cuentas, la idea es tomar como objeto de estudio lo político en todas sus formas, y producir conocimiento con base en la interacción prolongada entre el investigador y los actores estudiados. En nuestra trayectoria investigativa en torno a la democracia participativa urbana en sectores populares de Caracas, hemos podido implementar este método, y hemos llevado a cabo una etnografía política de la cual hablaremos aquí, añadiendo apuntes extraídos de trabajos posteriores (en curso) con grupos de oposición al chavismo y con jóvenes en situación de violencia.

Juegos de actores

La etnografía política ha sido aplicada en la ciencia política para contrapesar la tendencia cuantitativa y desarraigada de los procesos sociales y políticos locales (y de sus actores) presentes en esta última. Supone un enfoque que resalta los significados que las personas estudiadas atribuyen a la realidad social y política (Schatz, 2009: 5). Cabe preguntarse acerca de la empatía que este método puede generar o, al contrario, descartar, ya que el efecto de politización es mucho más fuerte. Ya en los años setenta, el antropólogo Geertz (1973) hablaba de la diferencia entre la “experiencia de cerca” y la “experiencia de distancia” que tiene su resonancia en el “ni tan lejos ni tan cerca” de Agier (1997), y nos remite a la expresión y restitución de actividades políticas por el investigador.

El primer elemento destacable en la epistemología de la presencia que se despliega

en la etnografía política es el tema de la posicionalidad y el juego de sujetos (en la dialéctica adentro-afuera). El “común” propio a la política no siempre es ser parte de una construcción de la investigación etnográfica mediante la cual se va seleccionando (en varios grados de “naturalidad”) a las personas que se considerarán como interlocutores válidos, para el sentido en el que van a ser entrevistadas o a ser objeto de la atención particular del investigador, lo cual en sí implica ciertas disposiciones, capacidades y voluntades. Se delimitan estos interlocutores en el transcurso del trabajo de campo; se considerará con mayor probabilidad personas que aparecen en público, destacan de cierta manera sea por su capacidad oratoria, sea por el mensaje y el discurso que llevan, pudiendo ser coincidente o anómalo respecto a las hipótesis que se construyen en la investigación. Ahí se define la representatividad de los sujetos, mientras que el/la investigador(a) es el actor principal de estas construcciones divisorias y definitorias.

Al optar por la etnografía se esboza una problematización en términos de “presencia”. Presencia del investigador y presencia de los sujetos/objetos de la investigación. Esta implicación en un contexto politizado y revolucionario, con actores politizados, demanda al investigador posicionarse, y apela a sus disposiciones políticas, siendo los científicos sociales vehículos de un pensamiento crítico, progresista y transformador (Boltanski, 2009; Mathieu, 2015).

Esta intelectualidad, crítica, comprometida, militante, está en el meollo de nuestras prácticas como etnógrafos. Como lo resaltó un sociólogo norteamericano, David Riesman, citado por Anderson (1999), “una buena etnografía es una conversación entre clases”, y a cada momento tenemos que justificar(nos), representarnos frente a otros

diferentes y no tan sociológicamente diferentes, sino partiendo de una diferencia sublimada por nuestras propias búsquedas (personales, familiares, políticas), o lo que Auyero (2005) llama la libido científica. Se vuelve ya no solo una técnica de investigación sino un proceso de transformación del etnógrafo (Auyero, 2005) y, más allá, una intervención política que busca en última instancia, cambiar y desnaturalizar las lógicas de dominación (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014).

Sin caer en una disposición sobremanera ingenua o excesivamente reflexiva de la presencia o copresencia que se juega en la etnografía, quisiéramos enfatizar lo que algunos –sin valerse de la etnografía política– han podido resaltar, más bien en un intento de encuentro marcado por el espacio de neutralidad, en el cual se huye del “arribismo” académico en situaciones de investigación militante:

¿Pero cómo se inventa pensamiento entre generaciones y formas de vida diferentes, sin que una se imponga a la otra sus parámetros, problemas y formas de pensar? No se trata de forzar para ningún lado: ni *observar* a los pibes [jóvenes], ni bajarles línea, ni mantener su primera persona todo el tiempo. No se trata de vivencialismos, ni de enunciados expertos. Todo pierde valor cuando lo llevás a jugar a tu propio campo de juego (al *nuestro* o al de los pibes). En el plano común, en cambio, se innovan jugadores, reglas, casilleros... conceptos sobre las inquietudes que llevamos ambos. Un suelo intermedio, un campo neutral (como un armisticio) que niega cualquier tipo de traducción simple del ‘mundo pibe’ a otros lenguajes (de la militancia, la pedagogía, la academia, la moral, etc.), que niega también una representación o un ‘hablar sobre’, y que va a en contra

también del festejo desproblematizado de los pibes y sus fabulaciones (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014: 151).

La frontera entre el mundo de la intervención no-coactiva, no-constreñidora y no-controladora y la investigación en materia de etnografía política que interroga, en nuestro caso, los modos de hacer política desde abajo y de cambiar relaciones de poder, es tenue y, por momentos, plagada de ambigüedades.

Lo que vale para las disimilitudes etarias y sociales, vale también para las relaciones de género. Existe una política del cuerpo en la práctica etnográfica, sobre la cual no podemos extendernos aquí puesto que se origina en nuestras más recientes investigaciones, y en consideraciones de género que no se toman mucho en cuenta en la literatura existente. Pero cuando se trata de entrar en universos fundamentalmente masculinos, ligados a la producción violenta de política, no se puede eludir el factor sexo-corporal. Al igual que la extrañeza por ser investigador(a) de otro país; el hablar de manera diferente y a veces con inflexiones discordantes, ejerce un efecto positivo o no, de rechazo o aceptación benévola. Todo ello, es producto de una política de la presencia corporeizada y simbólica.

Pero, a fin de cuentas, nos parece que la etnografía política trata de neutralizar lo subjetivo, lo corporal y lo netamente triangular en la relación entre una elevación de lo político como materia prima del campo de reflexión, la relación investigador-investigado y los “ruidos” de lo infrapolítico (ausencia, defección, violencia, cuerpos). Pese a un reivindicado regreso del sujeto en la etnografía política en los ámbitos de estudio de la ciencia política, aún hallamos una postura friolenta al insertar todas las dimensiones

subjetivas a sus dispositivos analíticos. Estos tres ámbitos (lo subjetivo, lo corporal y lo político) del acercamiento a la realidad están en tensión, entre una voluntad de neutralizar los efectos de la realidad y una inclinación antropológica.

Prácticas de la etnografía política

Entraremos aquí en el laboratorio de la/el etnógrafo(a) al develar algunos elementos de la práctica que hacen posible el desarrollo de la investigación, entre una mirada oblicua y una inmersión en pleno dentro de la realidad que se propone estudiar. Partimos de la premisa que el acto etnográfico es múltiple, adjetivado en algunos casos (etnografías de la vida cotidiana, reflexiva, de la ciudadanía, crítica, digital, etc.), por lo cual la etnografía política es una rama del enfoque etnográfico y un marco de análisis. Dentro de este conjunto aparecen métodos propios en función de las hipótesis que va a manejar el investigador. Intentamos aquí un esbozo de los problemas de orden metodológico que surgieron en nuestras investigaciones.

Diversificar los puntos de vista y las herramientas

Si tenemos que abogar por la etnografía política como herramienta plenamente válida en la descripción y definición de los márgenes, y de las relaciones sociales que determinan las desigualdades de las relaciones de poder en sitios delimitados, tomaríamos un solo ejemplo de nuestra experiencia para ilustrarlo y resaltar la “cocina interna” del investigador.

De nada nos hubiese servido nuestra inmersión en el barrio Los Robles si no

hubiésemos sido habitantes de él durante varios años. Empezamos a vivir en este barrio del oeste de Caracas en el 2009 y decidimos usar nuestra postura de habitante para desarrollar la investigación (anteriormente la postura fue de investigadora-habitante y ahora venía a ser habitante-investigadora). El cambio de rol nos permitió propiciar espacios de interacción insospechados: el micro-mercado del barrio donde se conversa sobre la cotidianidad y los asuntos comunitarios como en ningún otro espacio, porque además está investido por la “banalidad”. Tampoco se nos hubiese hecho fácil percibir una de las principales líneas divisorias simbólica y territorial, y un tabú vigente, entre dos sectores del barrio, el cual vamos a relatar a continuación.

Durante los primeros meses de participación en el Consejo Comunal de Los Robles⁹, veíamos que la mayoría de los miembros privilegiaba a un solo sector del barrio para el desarrollo de sus actividades: la calle La Loma. En cambio, la calle Bolívar, donde vivíamos, era siempre marginalizada y poco apreciada por los miembros de la organización, quienes habitaban principalmente en la calle La Loma y consideraban la Bolívar como muy turbulenta. Hasta que en medio de una conversación informal con una habitante del barrio nos enteramos que unos años atrás habían matado al hijo de una señora, miembro del consejo comunal, y que la persona inculpada vivía en la Bolívar y había amenazado a la familia del difunto. El miedo y la aprensión habían circulado entre todos, a través de la madre enlutada. Este evento estableció un marco definitorio de todas las relaciones entre las dos calles, que conformaban el área territorial de la organización de tal forma que una se impuso sobre otra. La dinámica socioterritorial estaba mucho más

⁹ Organizaciones socioterritoriales creadas por el Estado venezolano a partir del 2006 como herramienta para implementar la democracia participativa e incentivar el “poder popular”.

clara después de tener (casualmente) esa información, pero hubiese sido muy difícil obtenerla sin una práctica cotidiana del barrio y el interconocimiento que implicaba.

La dinámica socioterritorial también se hizo evidente al trabajar en varios lugares, en forma simultánea o diacrónica. Fue por conocer y trabajar en varios tipos de ámbito socio-urbano (barrios consolidados o no, bloques, urbanizaciones) que notamos las variaciones en el comportamiento participativo de los actores. A su vez, nos dio una precisión sobre el contenido de la identidad popular urbana. Por lo tanto, la etnografía siempre y cuando esté multisituada impide la generalización burda y remite a espacios plurales donde se efectúa la producción de sentido y la elaboración de prácticas.

Estos ejemplos signan las condiciones particulares de producción de conocimiento en el marco de la etnografía. Como lo señala Auyero: “Antes de incorporar la lógica de las prácticas, la subjetividad de los actores, uno tiene que construir –como investigador– el campo de determinaciones objetivas en donde se mueven los actores” (2005: 117). La división territorial, el trasfondo interpersonal, y hasta las condiciones físicas del espacio son algunas de ellas.

Otro aspecto importante es la polivocalidad (Clifford, 1991) que expresa la etnografía y es parte del acto de presencia. Dicho de otra manera, el encuentro entre dimensiones diferentes del discurso. ¿Cómo manejar el registro de discursos diferentes sin caer en la trampa de parafrasear, mimetizar, sobreinterpretar o deformar el discurso de los investigados con sus propias expectativas políticas/investigativas? El mimetismo, en este caso, nos fue criticado en virtud del uso indebido de la temática de la novedad (nuevos movimientos sociales, nuevo sistema político, revolución como expresión de lo

nuevo, etc.). Una investigación etnográfica en ese sentido no puede prescindir de una mirada histórica para evitar el naufragio o la cautividad (Pratt, 1991) para con los actores y las entrevistas. De este modo, la historia indica también un modo de practicar la etnografía, en nuestro caso 'política' porque implicaba una mirada oblicua entre la pequeña y la gran política, por decirlo de otra manera, la superposición entre etnografía local y las continuidades o rupturas históricas en cuanto al sistema político. Preferimos optar por un enfoque dirigido hacia la comprensión de relaciones políticas durables (poder, intereses, estructuras, redes interpersonales) a partir de las cuales se organiza la participación. Y así alejarnos de definiciones muy reductoras que giran en torno a la interpretación de grandes esquemas explicativos como liderazgo, clientelismo, populismo, etc.

Sin embargo, quisiéramos poner la lupa en tres abordajes prácticos de la etnografía política que utilizan y problematizan el carácter entrometido (*obtrusive*) o desapercibido (*inobtrusive*) del actuar etnográfico (Tilly, 2006).

Tres consideraciones metodológicas :

1. No hay completo azar de la investigación o el efecto serendipity

Ni los espacios, ni los actores que se van a someter (por decirlo de manera enfática) a los dispositivos de la investigación pueden dar muestra de una capacidad totalizadora de la etnografía. Hay sesgos que son inherentes al desarrollo de la investigación. Hay que saber manejarse como investigador en un acto de tauromaquia, y compaginar la suerte y la intuición que implica el método etnográfico en el encuentro con

los demás. Pero se puede racionalizar esta serendipidad (Merton, 1965), con base en la tríada actores-espacios-investigador.

Primero, están los actores quienes van a seguirle el juego al investigador mediante las entrevistas y observaciones. No todos se prestan a dar informaciones o a colaborar. Se trata de ganarse la confianza de los actores clave para poder aceptar la continua solicitud que nuestra presencia representa.

Segundo, están los espacios desde donde se van a obtener diversas informaciones en el vaivén de la cotidianidad: adicional al ejemplo que estuvimos analizando acerca de la frontera simbólica de la organización en Los Robles, podemos realizar la misma tarea con una escena sacada de otro momento de nuestro recorrido etnográfico. Una mañana bajando del barrio Rancho Grande en El Manicomio, Caracas, donde estábamos temporalmente residenciados, vimos a un grupo de personas reunidas alrededor de un “policía acostado” [reductor de velocidad] recién colocado por uno de los líderes del barrio después de que días anteriores una moto atropellara a un niño. Habitantes y chóferes de la línea de microbús que se sentían perjudicados por la joroba de cemento, discutían la validez de la iniciativa matutina del líder y su legalidad. Esta escena daba a ver las definiciones posibles de un pluralismo legal propio en los barrios donde la presencia policial o de agentes judiciales no es tan frecuente. En vez de esto, se escenificaba la improvisación legal, hecha de definiciones assemblearias espontáneas. Un acontecimiento observado por “casualidad” durante nuestro recorrido matutino en el barrio, nos proveía materia para nuestros propios avances investigativos.

Tercero, está el investigador que oscila entre una actuación pasiva, encubierta o

activa según las circunstancias y la situación en cada espacio. Saber e intuir los momentos para resaltar su presencia o, al contrario, minimizarla, son elementos claves para no interferir en las formas intersubjetivas que emergen en el espacio donde se desarrolla la investigación. De estas tres aristas subyace la posibilidad de producir algo nuevo en relación con el propósito de la investigación.

2. Un espacio de referencia: las reuniones

La reunión es obviamente el mejor momento para coleccionar informaciones de primera mano sobre las últimas evoluciones de los procedimientos administrativos, la repercusión local de la gran política, los retos de las relaciones entre individuos, grupos e instituciones. Permite también distinguir anillos de alianzas y conflictos y, por lo tanto, realizar una especie de cartografía de las relaciones políticas en un lugar dado por el efecto de la teatralización de estos espacios. Ese material servirá como soporte al momento de las entrevistas individuales.

Las reuniones son propicias para que el investigador pueda permear el contexto en el cual se va a desarrollar, ubicar las posiciones de cada actor, la representatividad de ellos (generacional, género, fenotipos), realizar una lectura de la composición, del ordenamiento espacial o de la distribución temporal de la toma de palabra, seleccionar los futuros entrevistados, y hacer aceptar (o normalizar) su presencia (cuando se trata de espacios desconocidos y de fuerte tenuidad de las relaciones como son los barrios populares o grupos políticos locales). Además posibilita al investigador penetrar en el léxico, las dinámicas peculiares de los discursos, del hablar, prepararse lingüística y expresivamente para entender el sitio. Aún más cuando se trata de un investigador

extranjero, con otra lengua materna, como fue mi caso.

3. La cotidianidad y la recolección de informaciones

Para afinar la interpretación etnográfica, además de racionalizar los azares del campo y aprehender sus espacios, y no eludir las sutilidades cotidianas (Baiocchi, 2005) y las significaciones implícitas (Lichterman, 2007), hay que hundirse en las secuencias más naturales y anodinas de la vida local. Algunos investigadores usaron habilidades particulares para penetrar espacios donde la confianza es partícipe del éxito de la investigación¹⁰. En nuestro caso fue, entre otras cosas, el enamoramiento por la salsa (género musical) lo que nos permitió avanzar al descubierto y crear un sentido de pertenencia con el entorno etnográfico¹¹. Poder tramar relaciones fuera del lugar de exposición principal de la política local, las reuniones y los espacios institucionales, relacionarnos con personas adultas en su gran mayoría, e inmiscuirnos en el mundo nocturno del barrio, propició otros tipos de reconocimiento hacia nosotros que fueron benéficos para establecer mayores niveles de confianza¹². Sin embargo, las fronteras quedan siempre lábiles y tensadas entre el involucramiento personal, las relaciones generadas y el trabajo propiamente dicho que “utiliza” al otro con fines personales (el

¹⁰ El caso de Becker (1963) con el jazz en *Outsiders* es notorio. También lo son las habilidades musicales de Ashforth (2005) para entrar en el mundo de los *townships* en Suráfrica, o el caso de Wacquant (2004) con el boxeo para estudiar el gueto de Chicago.

¹¹ La salsa es una música muy popular en Venezuela, y particularmente en los sectores populares. Cuando trabajé en la parroquia 23 de Enero en Caracas, poder compartir fiestas y bailar con sujetos masculinos, “como si fuera de aquí”, jugó un papel importante en mi integración.

¹² No está exento de ciertas precauciones en cuanto a no mezclar tanto los grupos que pueden resultar antagónicos (personas “de bien” vs. mundo juvenil violento o ilícito por ejemplo). En uno de nuestros campos, nos habíamos acercado a un grupo de jóvenes en situación de violencia y vinculados al consumo y venta de drogas en un intento de entender sus relaciones con la política local, lo cual fue mal visto por algunos de nuestros informantes. Tuvimos que abandonar la idea de trabajar simultáneamente en los dos ámbitos.

“extractivismo académico” del cual habla el colectivo Juguetes Perdidos). Pero, la duración de la estadía confiere un punto fuerte en la producción de conocimiento que no tienen los periodistas por ejemplo, a los cuales nuestro trabajo está frecuentemente asimilado.

Para poder interiorizar y explicar el mundo ajeno en el cual uno entra, estos son los tres niveles de fábrica del documento etnográfico. Prosigamos con los elementos más discutibles de ese método.

Impasses y riesgos de la etnografía en tiempo de revolución

Sin que haya sido un momento categóricamente explicitado y consciente de la investigación, no cabe duda que la situación de extrema ebullición política que representó la revolución bolivariana en Venezuela entra en la maraña de elementos consustanciales durante el desarrollo de la etnografía. Queremos destacar los siguientes:

El riesgo de sublimar al colectivo y la desmitificación de las categorías sobredeterminadas (pueblo, socialismo, poder popular)

El objetivo que nos planteamos fue realizar una *cartografía de las relaciones políticas* en diferentes lugares y de establecer clasificaciones ideológicas operadas por los actores en función de su localización y partiendo de la participación que tanto impregna el discurso revolucionario. Solo que entrar en un terreno donde la política permea cada estría del mundo social, donde se despliega en territorios altamente marginalizados y estigmatizados, y se fundamenta en un binarismo maniqueo entre el deber ser de la política y su contrario, son elementos suficientes para parasitar la investigación, en vez de enriquecerla. Esas reflexiones valen para todo tipo de ruptura política de corte

carismático, contra una forma de dominación preexistente. Como en el caso de la revolución sandinista, se articula “un lenguaje público que busca transformar un país en un Estado-nación unido detrás de una ética revolucionaria, una nueva hegemonía de valores trascendentales” (Stanford, 2008: 80). Además, son abandonados como objeto de estudio en sí por las ciencias sociales, que les ven como mero reflejo de sublimación colectiva. Efectivamente, tal como lo subraya Thomassen (2012: 684), la antropología silencia de manera estruendosa las revoluciones políticas, cuyo elemento fundamental radica en “momentos en los cuales lo ‘arriba y abajo’ son relativizados, hechos impertinentes o subvertidos, y cuando lo micro y macro fusionan en una conjunción crítica”.

Una de las primeras dificultades es, por ende, trabajar con base en el discurso sin caer en un exceso “tropológico”, donde la retórica revolucionaria se impone por encima de cualquier otro tipo de discurso. Es muy importante poder actualizar el conocimiento que uno tiene sobre las formas de ejercicio del poder (leyes, instituciones, ideología) al considerar su efectucción al nivel de los actores gobernados, aún más cuando la doctrina del Estado se torna subversiva y autorreflexiva en cuanto al reparto del poder (democracia participativa, poder popular, socialismo del siglo XXI), como sucede en el caso venezolano.

El utilizar las entrevistas que suponen “tomar en cuenta el punto de vista del actor social (...) [y] tratar la incrustación de la acción social en el mundo de la vida cotidiana” (Becker, 1996), nos brinda una herramienta para asignar el sentido de lo justo e injusto, del bien y del mal que conforma una lectura de los contornos ideológicos de un proceso político. Con base en las entrevistas y en nuestras observaciones, esperábamos contribuir

a un análisis del discurso y de las prácticas “desde abajo” en comparación con la ciencia política que se preocupa más por elaborar grandes esquemas de interpretación de los modos de gobierno. Pero este método interroga la tendencia a sublimar el paisaje discursivo y la posibilidad de desmenuzar los significados atribuidos a conceptos, ideas y al mismo tiempo poder cruzarlos con tendencias conductuales, dinámicas colectivas y espaciales. Poder contar con un marco teórico que oriente la interpretación, como la construcción equivalente del hecho participativo con la idea de subjetivación política, reduce las posibilidades de extraviarse o naufragar en el exceso de discurso.

Sentido común, política y voces subalternas

Otro elemento de interés en el uso del método etnográfico es el estudio del sentido común y del cemento ideológico que lo define. La idea del sentido común está muy vinculada a la figura gramsciana del intelectual orgánico, significativamente presente en el discurso chavista. Según esa lógica, el sentido común consiste en una fusión creativa entre el “pueblo” y “los intelectuales”, para que estos últimos se hagan los traductores y acompañantes de las luchas del primero, cuyas concepciones abigarradas y heteróclitas del mundo se cementen en una nueva hegemonía capaz de enfrentar los modos de dominación establecidos (Gramsci, 1971: 23).

En este sentido se vuelve casi una conminación ser parte de un colectivo transformador: cada espacio debe ser el reflejo de la lucha contrahegemónica, en cambio brindar una actitud de retiro está visto de manera sospechosa o incomprendida. En nuestra opinión, no cabe duda que este discurso afecta las prácticas de los investigadores

comprometidos o seducidos políticamente por las luchas que se dan y se estudian en procesos revolucionarios. Adicional a esto, está presente también el riesgo de falsificar la presencia del sujeto popular al ser revelado, o traducido por el cientista, como si uno necesitara del otro para ser. Retumba la advertencia liminal de Grignon y Passeron (1989) en cuanto a la exigencia de evitar el sesgo populista tanto como el miserabilista en el acercamiento a los sectores económica y socialmente dominados de la sociedad. Así, que preferimos permanecer en los márgenes de producción de conocimiento y no idealizar nuestra actuación, evitando así toda clase de sentimentalismo político.

Ahora bien, abordar tanto la vida política local como la transformación del espectro político nacional, requiere de un cierto distanciamiento que se debe conciliar con un compromiso bien sea etnográfico o político (Elias, 1983; Cefai, 2010). Ello resalta el problema de la restitución, del tratamiento de los discursos y de las relaciones que se generan con los investigados. Una crítica puede surgir con respecto al hecho de que la perspectiva escogida quede encerrada en una visión dictada por la investigación, por el campo, por los actores y sus subjetividades, al no poder por ejemplo dar cuenta del declive electoral del chavismo a nivel local. Si bien la etnografía puede tener voluntad de indagar las causas estructurales, “macro”, de algún fenómeno o sistema político, no cabe duda de que también el apuntar hacia una visión desde los movimientos sociales y sectores dominados restringirá el análisis. Pero una vez más, no creemos en el credo positivista y omniabarcador de las ciencias sociales, sino en un abanico de posturas que dan indicaciones puntuales, pero no menos informadas y generalizables.

¿Cómo los sujetos en su esquema clasificatorio, en sus esquemas de acción,

percepción y evaluación, ven la política? ¿Y de dónde vienen estos esquemas? (Auyero, 2005) son algunas de las interrogantes que circundan el hecho de trabajar sobre el sentido común político, y superar la idea de la ruptura epistemológica. Es parte de una tradición que se establece en la frontera entre sentido común y trabajo de entrevistas (Lane, 1962; Garfinkel, 1967; Bourdieu, 1993; Beaud, 1996; Eliasoph, 1998). Toda una corriente de la sociología y antropología aprehende y agrupa en el trabajo de entrevistas un material en busca de contradicciones, ruidos, sinsentidos, o contradiscursos donde la confusión y la emoción entran en el análisis de la acción colectiva, y lo individual se impone ante lo estructural. Este ruido es una ventana hacia la relación complicada entre agencia y estructura. Esta escuela de pensamiento estudia al sentido común como el acercamiento a la conciencia política (Wolford, 2006), y la etnografía política se alimenta de esas posturas.

En definitiva, partimos de la idea que el estudio del sentido común puede resaltar una *política del sentido* (tanto cultural, ideológica como social o simbólica) y que de ella surgen condiciones variadas de adaptación al entorno social y político. Uno de nuestros hallazgos y asombro fue darnos cuenta que en un sector de clase media (La Candelaria), la organización participativa era más eficiente y cohesionada que en los sectores más populares e identificados más claramente con el proceso político, lo que indicaba, *a fortiori*, un prejuicio inicial acorde a la tesis populista¹³.

¹³ Sin caer en explicaciones de corte esencialista, nos percatamos que existía de parte de personas de la clase media un afán de “legalismo” proclive a una organización más eficaz y regular. Sea eso por condiciones de vida más “fáciles”, con más tiempo para dedicarse a la actividad comunitaria, o sea por una formación escolar o profesional que otorga ciertas herramientas en el manejo organizativo y administrativo.

Participación y clientelismo

¿Cómo la relación de investigación o lo que se crea en el seno del trabajo de campo puede dar indicaciones sobre temáticas que no fueron aprehendidas en un principio? El clientelismo es una buena categoría para establecer algunos límites a la etnografía. Este fue el objeto de la investigación de Auyero, quien estudiaba las relaciones entre los habitantes de las villas de Buenos Aires con la estructura partidista justicialista durante y después de la crisis del 2001, y en la medida en que fue desarrollando su primera interrogativa pudo elaborar un dispositivo heurístico para resaltar el fenómeno clientelar. En nuestro caso, era mucho más delicado entrar en ese terreno con las mismas intenciones. Formulamos *ex antes* que la participación era el mejor modelo para evitar la apropiación de las decisiones políticas en manos de algunos, y que la retribución de favores políticos podía ser interpretada como su contraparte. Pese al peso que se le daba, tanto en lecturas históricas como en trabajos sobre la participación en sectores populares, nos pareció más pertinente tomar el clientelismo a contrapelo, tratando de interpretar qué se podía manifestar como prácticas clientelistas residuales, sin encerrar este tema en una postura normativa y prescriptiva. Nos dimos cuenta que lo que establecía la participación desdibujaba las fronteras de las relaciones políticas locales, al permitir el ingreso de actores nuevos en los espacios de mediación política. Seguramente, si nos hubiese interesado en mayor profundidad el tópico del clientelismo hubiésemos descubierto que se hacían y deshacían nuevas redes de intercambio de favores. Por ser un tema radicalmente tabú y poco cónsono con el discurso de los actores que reivindican un empoderamiento, en ruptura con arreglos interpersonales, no le pusimos la atención

suficiente. Además de este aspecto, y en acuerdo con otros trabajos (Quirós, 2011), el clientelismo aparece como un componente natural de todo tipo de relación política y el haberse enfocado en ello podía conllevar a una visión manida de la realidad que se estudiaba.

Conclusiones

Esperamos haber subrayado lo más claramente posible los beneficios de una postura etnográfica en relación con la esfera política, pero quisiéramos terminar evocando nuestras dudas con respecto a su implementación sistemática. En primer lugar, hace falta un compromiso que vaya más allá de la retórica de nuestras disciplinas. La etnografía es cronófaga y no admite las posturas de paseante (flotante) sino una entrega completa que es tal vez difícil de alcanzar ya entrado en un periodo de estabilidad familiar y laboral (y allí radica la distinción entre un trabajo etnográfico y el uso de herramientas cualitativas¹⁴).

La legitimidad truncada de las ciencias sociales y del ejercicio investigativo en Venezuela son otros de los obstáculos que uno puede encontrarse al iniciarse en el mundo de la etnografía. El tiempo y la lentitud (justificada) de la producción etnográfica no son acordes a una visión muy utilitarista de las ciencias sociales¹⁵.

En segundo lugar, cabe preguntarse si la etnografía representa el método más

¹⁴ Tales como la observación participante, las entrevistas, los grupos focales, etc.

¹⁵ Sería interesante entender los lazos entre personas del gobierno cercanas a las ciencias sociales (sociólogos, antropólogos, psicólogos sociales) y los modos de gobierno implementados desde estas visiones. No cabe duda que es muy improbable la implementación de investigaciones en el marco del acto de gobernar en cuanto ésta práctica alargaría los tiempos de la toma de decisión.

adecuado para examinar la apropiación de cuerpos de ideas o de prácticas si observamos nuestra incomodidad en objetivar ámbitos que no son consonantes con nuestras percepciones políticas e ideológicas (casos de divergencias políticas o de espacios donde pueden irrespetarse derechos elementales o generarse ideas reaccionarias, por ejemplo¹⁶). En trabajos recientes con grupos de oposición en Caracas, percibimos la dificultad en la presentación de si el rechazo que puede manifestarse cuando nuestra presencia está puesta en entredicho por cuestiones políticas (porque imperan la sospecha, la desconfianza hacia el que no está relacionado con las actividades que el grupo desarrolla, etc.), o por cuestiones de opinión personal o por el estigma de haber trabajado con grupos adversos. Además cabe reflexionar sobre la naturaleza de nuestras acciones como investigadores cuando penetramos mundos que desdibujan certezas e inclinaciones personales.

En tercer lugar, al enfrascarse y encasillar la realidad a acotamientos territoriales y temporales reducidos puede presentarse un efecto de cansancio, de hartazgo, que solo tiene como equivalente la búsqueda de esquemas analíticos más sólidos, apreciando las transformaciones estructurales, y no vehiculadas por exceso de discurso, de “ruidos de fondo”, al redefinir el objeto de estudio como ‘el Estado’, como motor de comprensión de fenómenos perennes. A la inversa, la etnografía política como herramienta para penetrar microlocalmente en organizaciones sociales, peca por su adhesión tácita a la idea de que las transformaciones se dan en este campo como reflejo de una postura antiestatal. Una renovación, en este sentido, del estudio de los cambios que han operado en el corazón del

¹⁶ Sobre este tema, se puede remitir a Avanza (2008).

Estado es necesaria ahora. Pero, en definitiva, lo que brinda la etnografía como espacio real de proyección analítica es una relación situada, que opera quirúrgicamente al mundo social, que nos absuelve de tentaciones ensayísticas y generalizaciones desproporcionadas. Y ello no es despreciable en tiempos revolucionarios donde la lógica del enemigo es la más operante y la ponderación reflexiva sumamente útil.

Bibliografía

ABÉLÈS, M. (2000). *Un ethnologue à l'Assemblée*. Paris: Odile Jacob.

AGIER, M. (1997). Ni trop près ni trop loin. De l'implication ethnographique à l'engagement intellectuel. *Gradhiva*, 21: 69-76.

ALINSKY, S. (2012). *Tratado para radicales. Manual para revolucionarios pragmáticos*. Madrid: Traficantes de sueños.

ANDERSON E. (1999). *Code of the Street: Decency, Violence, and the Moral Life of the Inner City*. New York: W.W. Norton.

ASHFORTH, A. (2005). *Witchcraft, Violence, and Democracy in South Africa*. Chicago: University of Chicago Press.

AUYERO, J. (2005). El oficio de la etnografía política. Diálogo con Javier Auyero. Entrevista realizada por Edison Hurtado. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 22: 109-126.

AVANZA, M. (2008). Comment faire de l'ethnographie quand on n'aime pas «ses indigènes»? Une enquête au sein d'un mouvement xénophobe. En D. Fassin y B. Alban (Eds.), *Les politiques de l'enquête. Épreuves ethnographiques* (pp. 41-58). Paris: La Découverte.

BAIOCCHI, G. (2005). *Militants and Citizens: the Politics of Participatory Democracy in Porto Alegre*. Stanford: Stanford University Press.

BAIOCCHI, G. y Connor, B. (2008). The Ethnos in the Polis: Political Ethnography as a Mode of Inquiry. *Sociology Compass*, 2/1: 139-155.

BEAUD, M. (1996). L'usage de l'entretien en sciences sociales. Plaidoyer pour l' "entretien ethnographique". *Politix*, 9 (35): 226-257.

BECKER, H. (1996). The Epistemology of Qualitative Research. En R. Jessor, A. Colby, R. Schweder (Eds.), *Essays on Ethnography and Human Development. Context and Meaning in Social Inquiry* (pp. 53-68) Chicago: University of Chicago Press.

BOLTANSKI, L. (2009). *De la critique. Précis de sociologie de l'émancipation*. Paris: Gallimard.

BOURDIEU, P. (Ed.). (1993). *La misère du monde*. Paris, Le Seuil.

BURAWOY, M. (1998). The Extended-case Methods. *Sociological Theory*, 16(1): 4-33.

CEFAÏ, D. (Ed.). (2010). *L'Engagement ethnographique*. Paris: Éditions de l'Ehess.

CLIFFORD, J. (1991). Sobre la alegoría etnográfica. En J. Clifford y G.E. Marcus (Eds.), *Retóricas de la antropología* (pp.151-182). Madrid: Ediciones Jucar.

COLECTIVO JUGUETES PERDIDOS (2014). *¿Quién lleva la gorra?* Buenos Aires: Tinta Limón.

DEWEY, J. (2003). *Le public et ses problèmes*. Pau : Publications de l'Université de Pau.

ELIAS, N. (1983). *Engagement et distanciation: Contributions à la sociologie de la connaissance*. Paris: Fayard.

ELIASOPH, N. (1998). *Avoiding Politics: How Americans Produce Apathy in Everyday Life*. Cambridge: Cambridge University Press.

GARFINKEL, H. (1967). *Studies in Ethnomethodology*. Prentice Hall: Englewood Cliffs.

GEERTZ, C. (1973). *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books.

GRAMSCI, A. (1971). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Era.

GRIGNON C. y Passeron J.C. (1989). *Le savant et le populaire. Populisme et misérabilisme en sociologie et en littérature*. Paris: Éditions de l'EHESS.

JOSEPH, L. MAHLER, M. AUYERO, J. (Eds.). (2007). *New Perspectives on Political Ethnography*. New York: Springer.

KATZER, L. y A. SAMPRON (2012). El trabajo de campo como proceso. La "etnografía colaborativa" como perspectiva analítica. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, 2 (1): 59-70.

LANE, R. (1962). *Political Ideology: Why the Common Man Believes What He Does*. New

York: Free Press.

LATOUR, B. (2010). *La fabrique du droit. Une ethnographie du conseil d'Etat*. París: La Découverte.

LEANDER, A. (2013). Strong Objectivity in Security Studies: Ethnographic Contributions to Method Development. *Carlo Alberto Notebooks*, 301; 1-16.

LICHTERMAN, P. (2007). What do Movements mean? The Value of Participant Observation. *Qualitative Sociology*, 21: 401-418.

MARCUS, G. E. (1997). The Uses of Complicity in the Changing Mise-en-Scene of Anthropological Fieldwork. *Representations*, 59: 85-108.

MATHIEU, L. (2015). Sociologie des engagements ou sociologie engagée ? Sur quelques problèmes axiologiques qui se posent à la sociologie des mobilisations en *Sociologies*. Disponible en: <http://sociologies.revues.org/5150>.

MERTON, R. K. (1965). La serendipity. En *Éléments de théorie et de méthode sociologique*. (pp. 47-51). París: Plon.

PERELMITER, L. (2012). Burocracia, pobreza y territorio. La política espacial de la asistencia en la Argentina reciente. VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Buenos Aires. Disponible en: http://www.ungs.edu.ar/ms_ici/wp-content/uploads/2012/11/Perelmiter-ponencia-versi%C3%B3n-final.pdf.

PINEDA, V. (2015). Etnografía en la Caracas Socialista. En A. Carosio (Ed.), *Tiempos para pensar*, Vol. 1, (pp. 103-111). Caracas: Celarg-Clacso.

PRATT, M. L. (1991). Trabajo de campo en lugares comunes. En J. Clifford y G. E. Marcus (Eds.), *Retóricas de la antropología* (pp. 61-90). Madrid: Ediciones Jucar.

QUIRÓS, J. (2011). El clientelismo como incógnita. *Antropólogos, sociólogos, y politólogos. Desarrollo Económico*, 50 (200): 631-641.

SCOTT, J. C. (1998). *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven: Yale University Press.

SCHATZ, E. (Ed.). (2009). *Political Ethnography: What Immersion Contributes to the Study of Power*. Chicago: University of Chicago Press.

SCHNAPPER, D. (2010). *Une sociologue au Conseil constitutionnel*. París: Gallimard.

SHEHATA, S. (2006). Ethnography, Identity, and the Production of Knowledge. En D.

Yanow y P. Schwartz- Shea (Eds.), *Interpretation and Method: Empirical Research Methods and the Interpretive Turn* (pp. 244-263). New York: M.E. Sharpe.

STANFORD, C. M. (2008). *Religion and Politics in Nicaragua: An Historical Ethnography Set in the City of Masaya*. Ann Arbor: University of Michigan.

SVAMPA, M. (2008). Notas provisionarias sobre la sociología, el saber académico y el compromiso intelectual. En V. Hernández y M. Svampa (Eds.), *Gérard Althabe. Entre dos mundos. Reflexividad y compromisos* (pp. 163-180). Buenos Aires: Prometeo.

THOMASSEN, B. (2012). Notes towards an Anthropology of Political Revolutions. *Comparative Studies in Society and History*, 54(3): 679-706.

TILLY, C. (2006). Afterword: Political Ethnography as Art and Science. *Qualitative Sociology*, 29: 409-412.

WACQUANT, L. (2002). Scrutinizing the Street: Poverty, Morality, and the Pitfalls of Urban Ethnography. *American Journal of Sociology*, 107(6): 1468-1532.

WACQUANT, L. (2004). *Body and Soul: Notebooks of an Apprentice Boxer*. Oxford: University Press.

WOLFORD, W. (2006). The Difference Ethnography Can Make: Understanding Social Mobilization and Development in the Brazilian Northeast. *Qualitative Sociology*, 29: 335-352.